

y el orden moral en el antiguo imperio. Ya habia reparado los mayores males que causó á la humanidad y á la Religion la inundacion de los bárbaros, y sin duda hubieran perfeccionado esta obra algunos sucesores semejantes á él; pero la prueba que tenia que sufrir la Iglesia en aquellos tiempos de ferocidad y de ignorancia, no habia subido todavía al punto conveniente para que se viese toda la maravilla de la proteccion de Dios. No bastaba que los bárbaros musulmanes la hubiesen tan cruelmente despedazado; nuevos bárbaros vomitados de las cavernas del Norte, endurecidos entre las tempestades y los escollos, los normandos, en una palabra, por tanto tiempo aborrecidos, hicieron preferible el yugo de los árabes á las mas florecientes iglesias de Francia.

Ya se habian visto sus armadas desolando las islas Británicas y alarmando todas las costas del Océano; pero habian respetado á los franceses durante el imperio po-

deroso de un monarca que no solo era venerado y perfectamente obedecido de los suyos, sino que todos los pueblos indistintamente le llamaban el bienhechor del género humano. Algunas veces al ver á lo lejos en los mares las velas errantes de los bárbaros, se le oyó presagiar con hondos suspiros los males que despues de su muerte harian á su pueblo. Y en efecto, en tiempo de sus sucesores, los veremos esceder en rapiñas, muertes, sacrilegios, y en toda especie de escesos á los primeros mas feroces de la Galia; quitar á las instituciones y leyes de Carlo Magno su energia, y volver á sumergir el imperio en un estado mucho mas funesto, porque la recaída deja menos recursos á la curacion. Debia llegar el mal á un estado tan desesperado para que nose pudiese menos de reconocer la omnipotente mano que le reparó.

#### LIBRO VIGÉSIMO-QUINTO.

**Desde la muerte de Carlo-Magno en el año de 814, hasta los principios del cisma de Focio en el de 858.**

Los descendientes de Carlo-Magno, en Occidente, muy inferiores á este hombre sin imitador y sin modelo, pero adictos siempre á la Religion; en Oriente una larga serie de aventureros ó malvados, que se arrancaban unos á otros el imperio con la perfidia y el parricidio; tal es el espectáculo que el mundo cristiano va á presentarnos en lo que nos falta de la edad que venimos des-

cribiendo; pero veremos tambien resplandecer la fuerza y sabiduría del Altísimo, ostentándose en favor de la Iglesia de un modo tan prodigioso ó mas en muchos puntos, que en su primera edad; pues ella se sostendrá y conservará contra los esfuerzos de la crueldad y de la ignorancia, contra las armas de los bárbaros, y contra los ataques reiterados de los sarracenos y de los nor-

mandos, que en tiempos de principes débiles y muchas veces divididos por sus pueriles envidias se atreverán á todo. Harán, pues, continuas irrupciones por la Italia, la Francia, la Bélgica y la Germania; destruirán iglesias y monasterios, dispersarán y harán perecer á los clérigos y á los monges, tenderán al clero y al pueblo en continua alarma y en tumultos continuos, tanto que casi le harán incapaz del estudio, de sus propios ministerios, y de todo otro cuidado que no sea el de su seguridad personal y el de su subsistencia.

El Oriente, blanco de bárbaros menos salvajes, tenia en su mismo seno las semillas de la corrupcion y los principios de desorden mas perjudiciales todavía á la Religion verdadera. Leon Armenio, uno de los generales del emperador Miguel Curopalates, aprovechándose de la imprudencia y desgracia de su soberano, ocupó su trono (1). Es cierto que le tuvieron por el mas digno, porque la nobleza de su exterior, aunque era de pequeña estatura, un aire de firmeza, una voz de trueno que en un dia de batalla obraba prodigios, y la misma hipocresía y arte de disimular, que era un talento de importancia en la nacion que habia de regir, le ganaron todos los votos de las gentes de guerra. El patriarca Nicéforo dió tambien su consentimiento, pues le coronó en 11 de julio de 813, habiéndole antes exigido una carta en que el principe profesaba la fé católica. Cuando Nicéforo le tocó los cabellos para ponerle la corona, creyó haber tocado espinas (2), y de la aspereza de su pelo se sacaron algunos agüeros, que aunque frivolos, denotan por lo menos la idea que se tenia de su carácter. Sin embargo, su genio aunque duro era tan variable, que le llamaron Camaleon en lugar de Leon. Al

principio pareció muy católico, pero en el segundo año de su reinado se declaró ya contra las santas imágenes. Le habian educado en estas impías preocupaciones, y para mayor desgracia dió con un charlatan que le prometió treinta y dos años de reinado, y que los sucesores de su sangre reinarian hasta la cuarta generacion, si abolia el culto de las imágenes, que de nuevo (815) se empezaron á calificar de idolatria como cuando los primeros iconoclastas.

Entretanto el emperador sondeó en conversacion á los señores de la corte, y les dijo, que si los cristianos de Oriente se rendian ante los sarracenos, era porque adoraban las imágenes; que todos los emperadores que las recibieron, ó habian muerto en los combates, ó habian sido arrojados vergonzosamente del trono, siendo asi que los otros habian acabado sus dias con tranquilidad en sus palacios, y habian tenido honorífica sepultura. Halló condescendientes aun entre los obispos, y el mas famoso fué Antonio, metropolitano de Silea ó Perge, capital de la Pamfilia, una de las mas grandes Sillas que dependian de Constantinopla. Antonio habia seguido siempre las observancias católicas y reconocia que eran conformes á la mas antigua tradicion; pero sacrificó su fé al favor, y la dignidad del episcopado al brillo del valimiento. Sus medios contra la Religion fueron las expresiones burlescas, y un talento superior para contar chistes y ridiculizar. Por otra parte, el pueblo de Constantinopla, mas amante que otro alguno de mudanzas y revoluciones, casi connaturalizado además con los trastornos en punto de religion, se acordó de lo que habian visto los mas en su juventud bajo los emperadores iconoclastas, y volvió á murmurar contra los monges y contra el celo de los verdaderos pastores.

Entonces la emprendió el emperador

(1) *Const. Conc. lib. 1, pag. 13.*

(2) *Simeon Magisi.*

con el patriarca Nicéforo, pero con los rodeos y artificios que le eran familiares, y le dijo (1): «el pueblo está escandalizado con nuestro culto de las imágenes, y le tiene por una superstición que atrae contra nosotros la maldición de Dios, y nos espone á la burla de los infieles que en este punto son menos reprobables que nosotros. Esto será tal vez preocupación popular; pero sería peligroso chocar de frente, y es preciso usar de condescendencia con el pueblo. Dejemos, pues, unas observancias que en comparación de la tranquilidad pública no son mas que menudencias, y si os parecen importantes, procurad darme buenas pruebas, pues sobre esto no dice la Escritura ni una palabra.»—«¿Qué es lo que decís, Señor, respondió suspirando el patriarca; ¿pues qué? la antigua tradición ¿no es un objeto respetable y sagrado? Si por esa razón ninguno pone dificultad en adorar la Cruz y el Evangelio, ¿por qué se ha de negar la misma honra á las imágenes de Jesucristo y á las de sus Santos.»

Se retiró el patriarca muy alarmado por el peligro que corría la fé; pero no dejó de pronunciar anatema contra el obispo de Silea, Antonio, sabiendo su herética connivencia. Redobló Nicéforo sus súplicas á Dios, y exhortó á los católicos á la constancia. Juntó en su casa los obispos, sacerdotes y monges que pudo, los llevó á la iglesia principal, y allí pasaron la noche en oración y deliberación. Advertido el emperador de que había esta junta, temió las consecuencias, y al canto del gallo envió á decir al patriarca, que así que amaneciese fuese á palacio con todos los que le acompañaban. Todos se prometieron mutuamente sostener la verdad aun á costa de su vida, y á la hora señalada marcharon á palacio.

(1) Bolland. tom. 7, pag. 712 et seq.

Al principio no dejó el emperador que entrase á verle mas que el patriarca, creyendo que así le ganaría con mas facilidad, y le dijo: «aquí solo pretendemos conocer la verdad y restablecer la paz. Los que se escandalizan de la veneración de las imágenes merecen alguna consideración por su multitud y su calidad, y no se les puede reducir sino respondiendo á los pasajes de la Escritura que alegan en favor de su sentir. Quiero, pues, que desde luego entreis con ellos en conferencia, y si á esto os negais, ¿qué no se inferirá contra la causa que defendeis?»—El patriarca respondió: «ninguno desea mas que yo la paz: vos, príncipe, y lo digo con dolor, vois sois el que la turbais. ¿Se puede dudar que todas las iglesias están de acuerdo entre sí sobre la veneración de las imágenes? ¿Consienten por ventura en que se quiten Roma en primer lugar, Alejandria, Antioquia y Jerusalem? No deis la mano, Señor, á una heregia derribada y casi aniquilada. Si vuestra fé titubea, queremos trabajar en confirmarla, como debemos: pero ni debemos ni podemos reanimar las esperanzas de los hereges ya convencidos y anatematizados.» Despues trató largamente la cuestión de las imágenes, y el disimulado príncipe le oyó con bastante paciencia.

Entretanto hicieron entrar á los demas obispos con los abades, y por otra parte los doctores iconoclastas, los grandes del imperio y el cuerpo del senado, y para intimidar á los defensores de la fé asistieron muchos militares con espada en mano. El patriarca sin aturdirse por aquel aparato sorprendente y terrible dijo á los grandes: «respondedme; ¿podrá caer lo que no subsiste?» Como se mirasen unos á otros sin comprender esta especie de enigma, añadió Nicéforo: «¿no es cierto que cayeron las imágenes en tiempo de Leon Isáurico y de Constantino Coprónimo?»—«Así es sin du-

da,» le respondieron.—«Luego es evidente concluyó el patriarca, que ya antes subsistian.» Entonces dijo el emperador: «sabad, Padres míos, que yo soy de vuestro parecer,» y sacando un relicario adornado con figuras le besó; «pero supuesto, prosiguió, que hay muchos fieles que son de otro modo de pensar, y que la cuestión me ha sido presentada, no puedo menos de hacer que se examine profundamente (1).»

Los prelados, que conocían la mala fé del príncipe, no quisieron entrar en conferencia; y Emiliano de Cizico dijo: «supuesto que este punto es eclesiástico, trátese en la Iglesia segun los cánones, y no en el palacio.»—«Yo, replicó el emperador, soy hijo de la Iglesia, y quiero oiros como un mediador desinteresado.»—Miguel de Synada añadió: «si sois mediador íntegro, ¿por qué no observais la conducta de tal? Vos recogéis á algunos en el palacio, y les haceis mil caricias y favores que nosotros no envidiamos: los escitais á que enseñen el error, y todo se lo facilitais para esto; para ellos están abiertas todas las bibliotecas, al mismo tiempo que á nosotros se prohíbe darnos libros, y por todas partes nos persiguen las amenazas para que tengamos cautiva la verdad, cuyos depositarios somos y que traemos del centro de nuestras iglesias.»—«Pero ¿por qué, dijo el emperador, no quereis hablar, sino porque no teneis pruebas?»—«Esas no nos faltan, dijo Teofilacto de Nicomedia; lo que nos faltan son oyentes de buena fé que nos quieran escuchar.»—Pedro de Nicea añadió: «¿cómo quereis que entremos en conferencia con unos hereges tan poderosamente protegidos? Hasta los maniqueos vencerian, si se declarara por ellos el poder imperial.»—Tomó la palabra Eutimio de Sardis, y se esplicó así: «Señor, dignaos abrir los ojos á los verdaderos prin-

cipios de la fé. Mas de ochocientos años há que se presentó en el mundo el Hijo de Dios vestido de nuestra carne mortal, y así se le pinta y se le adora en su imagen. ¿No sería temeridad anular una tradición tan antigua, que fué confirmada en el Concilio de Nicea en tiempo de Irene y Constantino? ¡Anatema á todo el que se pronuncie contra ella!»—San Teodoro Estudita añadió al emperador, despues de haber hablado los obispos (1): «Señor, temed trastornar el orden de la gerarquía. San Pablo dice que Dios puso en la Iglesia Apóstoles, profetas, pastores y doctores; no habla de emperadores ni de reyes. Vos teneis á vuestro cargo el Estado, el orden civil y el militar, bastante campo para que no salgais de él; dejad la Iglesia á los ministros á cuya dirección la ha confiado.»

El emperador disimuló, y ordenó secretamente á los soldados que arrojasen piedras y lodo á la célebre imagen de Jesucristo que había derribado Leon Isáurico, y que Irene había vuelto á colocar (2). Causó este atentado grande escándalo; y fingiendo el emperador que lo sentía, mandó quitar aquella imagen para evitar, segun decia, nueva profanación. No engañó esto al patriarca, y así envió á decir al emperador, que quería dejar su Silla, si él era la causa de los males de la Iglesia. El príncipe hipócrita contestó: «¿quién piensa deponer al patriarca que es nuestro padre, ni hacer mal á la Iglesia? Si hemos examinado la cuestión de las imágenes, es con el fin de tranquilizar los ánimos que ésta tiene inquietos; pues, por lo demás, yo creo como la Iglesia;» y sacando del seno un Crucifijo le adoró delante de todos. Mas poco despues protegió el partido que formaron los iconoclastas para deponer á Nicéforo, en lo

(1) Vit. S. Theod. pag. 74.

(2) App. ad Theoph. lib. 2, núm. 3.

(1) Vit. S. Nic. cap. 5.

que ellos llamaban concilio de la corte, y así le enviaron por escrito un oficio prescribiéndole comparecer en su presencia, y los diputados le dijeron: «habiendo recibido el concilio acusaciones contra vos, os manda ir á defenderos; pero si quereis evitar la deposicion, basta que con el emperador y la junta de obispos consintais en la abolicion de las imágenes.» Respondió el patriarca: «¿quién es el que se arroga la autoridad de recibir acusaciones contra mí? ¿Es por ventura el Sumo Pontífice, ó por lo menos algun prelado de las Sillas patriarcales? Vosotros mismos descubristis vuestra impia trama, y en la oferta que no os avergonzais en hacerme, se muestra vuestra iniquidad. Si yo fuera culpable, ¿bastaria para justificarme y ser restablecido en mi Silla el someterme á la voluntad del emperador en el punto de las imágenes? ¿Cómo os cegais hasta el punto de tenerme por tan poco instruido en las leyes de la Iglesia?» En seguida los declaró excomulgados y los mandó salir del lugar santo. Desesperando los hereges de poder doblegarle, pretendieron quitarle secretamente la vida; pero él lo supo á tiempo y logró evadirse de su pérfida crueldad. Despues intentaron sublevar contra él su pueblo, y prohibieron que se le nombrase en la misa y que se le reconociese por patriarca.

Entonces escribió al emperador en estos términos: «Hasta aquí he peleado por la verdad segun mis fuerzas, y he tolerado toda suerte de malos tratamientos; mas el furor ha llegado hasta el punto de que gentes que se reputaban obispos, han venido á insultarme con un populacho armado de palos y espadas, y no ha parado aquí, sino que los enemigos de la sana doctrina han pretendido quitarme la Silla ó la vida. Por esto, y sin otra mira que el precaver escesos, cuyo pecado recaeria sobre V. M., cedo por fuerza á la necesidad de abando-

nar mi iglesia, y acepto con accion de gracias lo que el cielo disponga de mí.»

No pudo el emperador ocultar su gozo cuando abrió esta carta: la leyó con una falsa sonrisa, y al instante mandó una partida de soldados para que prendiendo al patriarca á media noche le encerrasen en un monasterio. Por la mañana muy temprano reunió el pueblo, y le persuadió que Nicéforo habia abandonado voluntariamente su Silla y se habia retirado por sí mismo. Hizo poner en su lugar al escudero Teodoto, que ni tenia ciencia ni virtud, pero era de buen humor, condescendiente, y de una facilidad muy singular en cuanto á las costumbres. Principió este nuevo obispo por tener buena mesa, en la que, contra la antigua costumbre que le importaba poco, hacia que comiesen carne los clérigos, los monges y los obispos. Sucedieron á la gravedad y modestia en el palacio patriarcal la alegría, la disipacion y la licencia, de suerte que ya no tanto parecia la habitacion de un obispo, cuanto un receptáculo de bufones, en donde no se hacia mas que reir, jugar, loquear, luchar y hablar palabras indecentes. Los iconoclastas triunfaron en la ciudad y en las provincias, y tornaron á borrar y quemar en todas partes las santas imágenes. El escándalo era tanto mas horroroso, cuanto que en el santo tiempo de Pascua se vieron las mas impías escenas (815).

Pasadas que fueron las fiestas, reunió el emperador Leon como lo habia hecho Constantino Coprónimo, un Concilio, tanto de los gefes de la heregia, como de los obispos que habian cedido á la seduccion (1). Se juntaron en la iglesia de Santa Sofia teniendo á su frente al patriarca Teodoto; y el emperador dispuso concurriese á él su hijo Constantino, por no querer él asistir personalmente y no verse como en la pre-

(1) Vit. Nicéph. num. 73.

irreconciliables de todas las cosas santas. Entre los obispos que en esta ocasion padecieron, sobresalen Miguel de Synada y Teofilacto de Nicomedia, discipulos del patriarca Tarasio, que los sacó de la vida monástica para hacerlos obispos (1). Despues de todo género de ultrages y malos tratamientos fueron desterrados, así como tambien Emiliano de Cízico, Jorge de Mitilene y Eutimio de Sardis, que ya habia dado pruebas de su fé y de su doctrina en el último Concilio de Nicea. La Iglesia honra como á Santos á estos cinco prelados, cuatro de los cuales eran metropolitanos. Entre los abades que adquirieron la misma recompensa son los mas célebres San Nicetas, hegúmeno de Medicion, San Teofanes de Singriana, San Macario de Pelicita, tan famoso por sus milagros que le llamaron Taumaturgo, San Juan de los cataros, dotado del don de profecía, pues habia vaticinado los escesos de Leon Armenio antes que se le sospechase capaz de cometerlos: por último, San Teodoro Estudita, á quien atormentaron con tanto mas encarnizamiento cuanto ejercitaba su celo con mayor actividad y mejor éxito al frente de una comunidad fervorosa, que constaba entonces de mas de mil monges. Vivian estos con tal regularidad que era la recomendacion mas grande de su fé y llenaba de desesperacion á los hereges. Estaba distribuido el dia entre el estudio y el trabajo despues de la oracion. Se ejercian alli todos los oficios para que los devotos cenobitas, no saliendo del monasterio ni teniendo comercio con las gentes de fuera, pudiesen vivir en perfecto recogimiento. Hubo tambien piadosos legos que emulaban en valor á los monges y á los obispos. El patricio Nicetas, pariente de la emperatriz Irene y gobernador de Sicilia, no dudó preferir su fé á todos sus títulos y

irreconciliables de todas las cosas santas. Entre los obispos que en esta ocasion padecieron, sobresalen Miguel de Synada y Teofilacto de Nicomedia, discipulos del patriarca Tarasio, que los sacó de la vida monástica para hacerlos obispos (1). Despues de todo género de ultrages y malos tratamientos fueron desterrados, así como tambien Emiliano de Cízico, Jorge de Mitilene y Eutimio de Sardis, que ya habia dado pruebas de su fé y de su doctrina en el último Concilio de Nicea. La Iglesia honra como á Santos á estos cinco prelados, cuatro de los cuales eran metropolitanos. Entre los abades que adquirieron la misma recompensa son los mas célebres San Nicetas, hegúmeno de Medicion, San Teofanes de Singriana, San Macario de Pelicita, tan famoso por sus milagros que le llamaron Taumaturgo, San Juan de los cataros, dotado del don de profecía, pues habia vaticinado los escesos de Leon Armenio antes que se le sospechase capaz de cometerlos: por último, San Teodoro Estudita, á quien atormentaron con tanto mas encarnizamiento cuanto ejercitaba su celo con mayor actividad y mejor éxito al frente de una comunidad fervorosa, que constaba entonces de mas de mil monges. Vivian estos con tal regularidad que era la recomendacion mas grande de su fé y llenaba de desesperacion á los hereges. Estaba distribuido el dia entre el estudio y el trabajo despues de la oracion. Se ejercian alli todos los oficios para que los devotos cenobitas, no saliendo del monasterio ni teniendo comercio con las gentes de fuera, pudiesen vivir en perfecto recogimiento. Hubo tambien piadosos legos que emulaban en valor á los monges y á los obispos. El patricio Nicetas, pariente de la emperatriz Irene y gobernador de Sicilia, no dudó preferir su fé á todos sus títulos y

irreconciliables de todas las cosas santas.

Entre los obispos que en esta ocasion padecieron, sobresalen Miguel de Synada y Teofilacto de Nicomedia, discipulos del patriarca Tarasio, que los sacó de la vida monástica para hacerlos obispos (1). Despues de todo género de ultrages y malos tratamientos fueron desterrados, así como tambien Emiliano de Cízico, Jorge de Mitilene y Eutimio de Sardis, que ya habia dado pruebas de su fé y de su doctrina en el último Concilio de Nicea. La Iglesia honra como á Santos á estos cinco prelados, cuatro de los cuales eran metropolitanos. Entre los abades que adquirieron la misma recompensa son los mas célebres San Nicetas, hegúmeno de Medicion, San Teofanes de Singriana, San Macario de Pelicita, tan famoso por sus milagros que le llamaron Taumaturgo, San Juan de los cataros, dotado del don de profecía, pues habia vaticinado los escesos de Leon Armenio antes que se le sospechase capaz de cometerlos: por último, San Teodoro Estudita, á quien atormentaron con tanto mas encarnizamiento cuanto ejercitaba su celo con mayor actividad y mejor éxito al frente de una comunidad fervorosa, que constaba entonces de mas de mil monges. Vivian estos con tal regularidad que era la recomendacion mas grande de su fé y llenaba de desesperacion á los hereges. Estaba distribuido el dia entre el estudio y el trabajo despues de la oracion. Se ejercian alli todos los oficios para que los devotos cenobitas, no saliendo del monasterio ni teniendo comercio con las gentes de fuera, pudiesen vivir en perfecto recogimiento. Hubo tambien piadosos legos que emulaban en valor á los monges y á los obispos. El patricio Nicetas, pariente de la emperatriz Irene y gobernador de Sicilia, no dudó preferir su fé á todos sus títulos y

(1) Combef. t. 4 auct. p. 1098.